

Y en el sexto día se creó el euskera

Eduardo Larrouy*

IMAGINEMOS lo que bien pudiera haber sido un hecho real, que en el tranquilo e idílico, en aquel entonces, rincón situado en la confluencia del Tigris y el Éufrates, llamado Paraíso Terrenal, se oyeron las primeras frases de un idioma que, en este supuesto serían: «Kaixo, neska» (hola, chavala) y al final las conminatorias e inapelables: «Kanpora ortik» (fuera de aquí) dichas en nuestra lengua vernácula. Y que todos los descendientes de nuestros primeros padres, patriarcas antediluvianos, como Enós, Cainán, Matusalén, Lamec, etc., hasta Noé y sus hijos hablaban una sola lengua y edificaron una ciudad con una torre que llegase hasta el cielo. ¿Fue por delirios de grandeza o para escapar de otro diluvio? El resultado ya lo conocemos. Confusión de lenguajes y dispersión por toda la tierra. Otro castigo bíblico.

De esta situación a la de nuestros días (5 ó 6.000 años de distancia) poco ha cambiado la comunicación oral o escrita entre los habitantes de los distintos pueblos, etnias o naciones. Los más fuertes militar, cultural o económicamente han impuesto su idioma, borrando culturas y lenguas que, en otros tiempos, fueron prósperas y florecientes. Y se han producido relevos en los liderazgos lingüísticos, desde el griego clásico, pasando por el latín, castellano, portugués, francés, inglés y en nuestros días el anglo-americano, con réplica del ruso y división de zonas de influencia.

Pero al mismo tiempo que esta carrera continúa, hay un desarrollo en sentido inverso, alimentado con un componente sentimental muy fuerte y es el deseo natural de volver a utilizar, en igualdad de derechos, el idioma que cada hombre o mujer ha oído y aprendido por primera vez: su lengua materna.

Los mismos pueblos que han llegado, en las dos últimas décadas a su independencia lo certifican. Rechazan el idioma que les fue impuesto por sus colonizadores. La enorme lucha de las dos grandes potencias para imponer su idioma a las demás naciones, alimentada por sus grandes medios, ya que detrás de su lengua va su cultura, su economía, su industria y su política, está perdiendo efectividad, pese al desarrollo actual.

El reconocimiento de la igualdad de derechos, como existe ya en la Comunidad europea, donde se desenvuelven, con las mismas prerrogativas, 9 idiomas distintos para sus 12 naciones, permite asegurar que la supremacía del idioma de una nación sobre los demás ha terminado definitivamente. Pero tampoco podemos expresarnos, internacionalmente hablando, cada uno en nuestro idioma como si estuviéramos en casa y por ello necesitamos una lengua sencilla, de fácil aprendizaje, neutral, es decir que no pertenezca a nación alguna, pero que sea internacional porque sus componentes son de uso generalizado en los principales idiomas. Esta lengua es el esperanto, creada en 1887 por el doctor Ludoviko Lázaró Zamenhof, oculista polaco. Su difusión es mun-

dial, perteneciendo a toda la humanidad porque su autor cedió públicamente los derechos que pudieran corresponderle a las mujeres y hombres de todo el mundo.

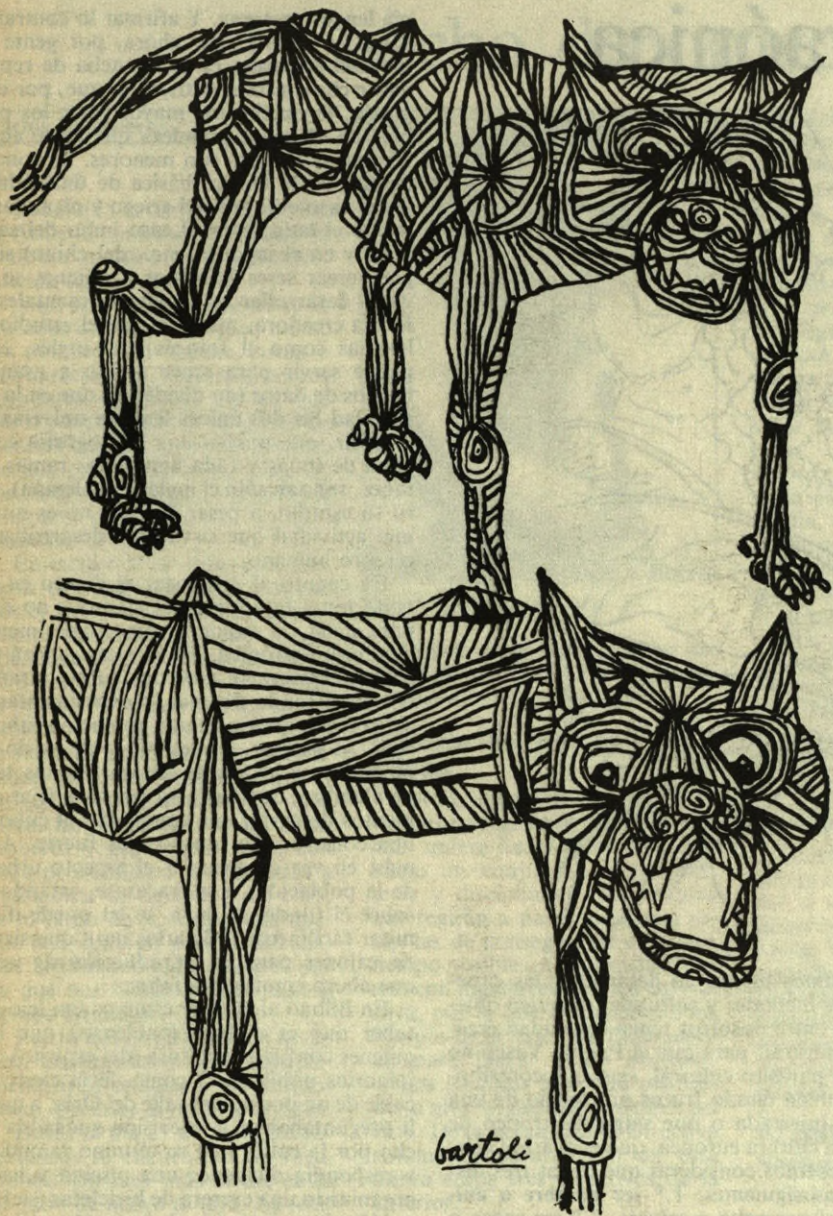
Es incomprensible que a finales de nuestro siglo, cuando el hombre ha puesto pie en la Luna, cuando los medios de comunicación traen ante nuestros ojos las imágenes recién tomadas en países lejanos, no se haya enseñado a los ciudadanos de todo el mundo, en primer lugar a los de civilización más avanzada, de toda condición social, como pueden entenderse con las personas cuya lengua materna es distinta, de la misma forma que se enseña a escribir o las cuatro reglas aritméticas, ya que el medio existe y funciona a la perfección, como lo tiene reconocido Unesco, últimamente en noviembre de 1985. Es te-



ma de enseñanza básica. Serviría para comunicarnos no sólo con los países comunitarios, donde dentro de poco podremos aspirar a trabajar, sino también con los de la otra Europa, que en breves años estarán en más amplias relaciones con nosotros y con los japoneses, iraníes o chinos, que no pueden aprender una veintena de idiomas. Los más estudiosos que, por añadidura, deseen aprender lenguas de otros países, siempre encontrarán en el previo conocimiento del esperanto, una gran ayuda, dada la lógica y claridad de su composición. Tengamos visión de futuro.

Bilbao, nuestra Villa, cuyo grupo esperantista funciona desde el año 1906, siendo uno de los más antiguos del mundo y decano de los del Estado, será la sede del 49.º Congreso de Esperanto a nivel estatal, del 19 al 23 de julio. Los delegados de todas las comunidades autónomas, así como los observadores extranjeros que asistan a sus tareas, saben de antemano que pueden contar, como respaldo de sus labores, con la simpatía y el cariño que nuestro pueblo da a todos los que trabajan desinteresadamente para enseñar a nuestros hijos una asignatura que verdaderamente necesitan y pueden con facilidad aprender.

(*) * delegado del Grupo Esperantista de Bilbao



La verdadera historia del niño-lobo de Pagasarri

Mauro Zorrilla

ASUSTADO por la tormenta, el niño-lobo equivocó una noche su camino y se encontró en pleno Rekalde. Para el niño-lobo, criado en los bosques salvajes del Pagasarri, la experiencia fue bastante traumática. Vagó por calles desiertas y azotadas por la lluvia, se acurrucó en un portal para llorar como lloran los niños-lobo, cruzó un puente sin saber que era un puente, huyó de monstruos ocasionales que escupían luz y fuego y humo como jamás viera antes en su bosque. Buscó algo conocido a lo que aferrarse y por fin, en lo alto de Doctor Areilza, encontró un arbolito, una acacia improbable nacida entre adoquines y asfalto más por tesón municipal que por libre elección. El niño-lobo suspiró como suspiran los niños-lobo y se acomodó con alivio bajo tan parco refugio, rascándose distraídamente con el pie detrás de la oreja. Bien, ya he encontrado un árbol, ahora sólo me falta solucionar el asunto de la comida y todo estará resuelto, quizás pensara nuestro niño-lobo, con el optimismo que caracteriza tanto a los niños como a los lobos. Oliscó el aire húmedo de la noche, cargado de promesas de azufre y monóxido de carbono, y su instinto carnívoro no el engañó: a lo lejos, por la esquina de Simón Bolívar, había aparecido la víctima ideal, una gorda de las que se embotijan de zuritos en Pozas y comen pinchos de tortilla. El niño-lobo aulló un poquito para su colejo y se escondió tras un Ford Fiesta, que él tomó por roca, mientras intentaba recordar las lecciones de papá-lobo cuando salían a cazar domingueros cerca de la fuente del Tarín. Papá-lobo sólo le llevaba de caza los fines de semana, para evitarle el esfuerzo excesivo de cazar en días de labor. Como todos los lobos del Pagasarri saben, entre se-

mana el noventa por ciento de las piezas a cobrar son jubilados, y no hay nada tan molesto de cazar como un jubilado. Se conocen los caminos piedra por piedra y cuando vas a por ellos corren como liebres, los tíos. Y encima están más duros que la pata de un santo.

—Eh, colegui —dijo la gorda, asomándose por encima del Ford Fiesta—, ¿llevas costo? —Grrr —contestó el niño-lobo, pillado de sorpresa. Su víctima lo observó con mirada especulativa.

—Menuo ceguerón el tuyo, colegui. Tendrías que verte.

—Grrr — insistió el niño-lobo.

—Vale, tío, no te mosquees. Y yo que tú me abriría para el parque pero ya, si no quieres que te trinque la madera. Por si no te has dado cuenta, vas en bolas, colegui, aconsejé muy severa la gorda, mientras encendía un pitillo. Aquello fue demasiado para el niño-lobo, que temía al fuego como es notorio en su linaje. Abandonando para mejor ocasión el sabroso bocado que la gorda ofrecía, salió trotando Doctor Areilza abajo como alma que lleva el diablo. Algún que otro aullido se escapaba de sus labios trémulos. Quiso doblar por Alameda de Urquijo, pero un camión de basura rugía cerca de la Cruz Roja y el niño-lobo, con todos sus pelos erizados por aquel ruido atornador, pasó del trote al galope, y antes de dos minutos, tal como aconsejara la gorda, se había hundido en la fronda auspiciada por doña Casilda.

No es un mal sitio para los niños-lobo. De vez en cuando caza un pato, una niñera o un yonqui, y las noches de luna llena corre por la pérgola y aúlla como un condenado. Según los entendidos, no será fácil dar con él. Ojo, pues, a los macizos de hortensias que se mueven sin que haya viento y a los alientos cálidos en el cogote. No me vengan diciendo luego que no les avisé.